

# PRÓLOGO

Nada es bueno ni es malo, lo único que convierte las cosas en buenas o malas es la mente. Fue Shakespeare quien lo dijo. Eso era lo único interesante que había aprendido durante mis tres años en el instituto. Y todavía tenía por delante mi último año de bachillerato, dispuesto a fastidiarme la vida.

El instituto y la cárcel se parecen mucho: comida asquerosa, duchas en grupo, algún sobradillo diciéndote cuándo hay que hacer las cosas... Te dicen cuándo comer, cuándo ir al baño, cuándo hablar y cuándo callarte. También se les da de perlas recordarte todo aquello que supuestamente no debes tener.

Cuanto más le dices a alguien que no puede tener algo, más lo desea. Es una de las leyes del universo. El auténtico poder, ya sea en la cárcel o en el instituto, no consiste en decirle a la gente cuándo debe hacer esto o lo otro. El verdadero poder es el don de conseguirles a los presos lo que

quieren —cosas que supuestamente no deben tener—, y ese es casualmente un talento que yo tengo.

Ken me pilló por banda cuando yo salía del instituto hacia mi coche. Aunque no había previsto el ataque, mentiría si dijera que me pilló por sorpresa. Yo era la única persona que conocía su secreto y que sabía que su transformación de matón sanguinario a santo de libro era una farsa.

Y quizá me lo busqué. Jobar, sabía que me la estaba buscando, pero la amenaza de llevarme una paliza no había conseguido hacerme cambiar de comportamiento.

El amor por las chicas como Bridget lleva a todos los tíos a hacer locuras y gilipolleces varias. Esa es la única explicación que justifica las cosas que hice. Supongo que tal y como me la había estado jugando, el ataque de Ken podría perfectamente haberme caído unas cuantas semanas antes. A fin de cuentas, él también estaba enamorado de Bridget y además ya de por sí era medio idiota y estaba medio chiflado, así que lo más normal era que antes o después se le fuera la olla. Yo estaba convencido de que quería a Bridget mejor que él, de una forma que él nunca sentiría. Sabía cuáles eran sus defectos y aun así la quería. Ken no la conocía en absoluto.

Apareció de pronto de detrás de un coche aparcado y me clavó el codo en el costado con un *tackle* de fútbol americano técnicamente perfecto. El entrenador Andrews habría estado orgulloso de él. Se oyó un crujido cuando mi hombro impactó contra la ventanilla del coche, pero el crujido procedía de mi clavícula, no del cristal. Solté el aire con un cómico «auf» al tiempo que me estampaba contra la puerta del coche y me deslizaba sobre el metal hacia la gravilla del suelo.

Ken se recuperó enseguida y me soltó un puñetazo en la mandíbula. Como yo iba ya en caída libre hacia el suelo, el golpe no fue tan terrible como podría haberlo sido si mi postura hubiera sido otra. Aun así, me retumbaba la cabeza y me goteaba la sangre del labio inferior cuando me balanceé sobre las manos y las rodillas. Me resistí testarudamente a desplomarme, aunque era justo eso lo que me pedía el cuerpo.

—Pero ¿tú me tomas por idiota o qué te pasa? —preguntó Ken con los dientes apretados. Su pelo, corto y negro, seguía perfectamente engominado y peinado a pesar de su violencia—. Sé que estás intentando pillar a Bridget y enrollarte con ella a través de su hermano pequeño.

—Ay —fue todo lo que pude decir mientras me movía hasta quedar sentado y apoyaba la espalda contra la rueda del coche.

—Pues no te queda nada —dijo, pateándome salvajemente las costillas de modo que los dos lados del pecho me zumbaron de dolor—. Mantente alejado de ella. Y ni se te ocurra aparecer en la cena de cumpleaños de Pete el sábado por la noche, ¿está claro?

Le ignoré y solté un escupitajo sanguinolento sobre la grava antes de llevarme la mano a la mandíbula para ver si me la había roto. Tenía los ojos cerrados, así que me pilló por sorpresa cuando me agarró por el pecho de la camisa y tiró de mí hasta ponerme en pie.

—Contéstame —dijo.

—¿Cuál era la pregunta? —respondí.

Vaciló estúpidamente mientras rebuscaba la pregunta en su memoria. Luego dijo:

—Te he preguntado si te ha quedado claro.

—¿Claro el qué?

—¿Quieres más? —preguntó, sacudiéndome.

Sonreí, aunque creo que mi sonrisa debió de parecer sobre todo una mueca, porque pareció satisfecho con su obra y volvió a arrojarme al suelo.

Aunque sin éxito, intenté dos veces agarrarme a la manilla del coche para levantarme. Me castañeteaban los dientes, porque el frío se me había colado bajo la ropa desde el suelo y eso no hacía sino empeorar el dolor de la mandíbula. Hacía ya un buen rato que Ken se había marchado cuando subí a gatas al coche y apoyé la cabeza en el volante, a la espera de volver a entrar en calor.

Me pasé la lengua por la cara interna del labio, comprobando el corte que me había hecho con los dientes. No pintaba tan mal. Me dolían las costillas y el hombro, y por un momento pensé en ir a casa de Digger, tumbarme en el sofá después de un buen colocón de maría y perderme en un episodio de *Sons of Anarchy*, su nueva serie favorita, que ya ponían en *streaming* en Netflix. La verdad es que la serie molaba.

Yo sabía que, a pesar de las amenazas de Ken, terminaría por aparecer en la cena de cumpleaños de Pete. Aun así, tenía que cuestionarme mis propios motivos. La opción más inteligente habría sido retirarme, olvidarme de Bridget y del lelo de su hermanito y volver a lo mío. En eso Joey tenía razón, y eso que Joey casi nunca tiene razón en nada.

—Nada es bueno ni malo —mascullé para mis adentros mientras desparcaba el coche marcha atrás—. Deja de pensar.

Conduje durante un rato y terminé en el estrecho puente colgante que abarcaba el río entero, deseando tener algo con lo que calmar mi dolor de cabeza, aunque no quería ir a casa a por un ibuprofeno. Y es que, en cierto sentido, el dolor de cabeza era el castigo por la manera en que había tratado a Bridget. Merecía el sufrimiento.

Desde que la circunvalación facilitaba una vía de acceso más rápida al campus y al centro, ya casi nadie usaba el puente. Se había convertido en un lugar pintoresco al que la gente se acercaba para disfrutar de las vistas de la ciudad acunada en su frondoso valle. Era de hecho tan pintoresco como uno de esos paisajes de la Escuela del río Hudson, aunque un lugar en el que la maldad se cernía sobre los simples mortales.

El puente abrazaba con su arcada una estrecha garganta por la que el río, cuyo lecho estaba lleno de grandes cantos dentados, discurría veloz. A pesar del estruendo que subía desde los rápidos, el ruido no conseguía silenciar del todo los pensamientos. Simplemente creaba un rítmico y atosigador sonido en el cerebro mientras el agua blanca bullía bajo mis pies y de vez en cuando lanzaba un chorro de niebla que me hacía cosquillas en la garganta y me mojaba el pelo. La altura desde la base del puente al río era de apenas unos doce metros, lo que resultaba suficiente. Había pocas posibilidades de sobrevivir a la caída.

Pensé en llamar a Joey. Ella me ayudaría a entrar en razón: me diría que dejara de arriesgarlo todo por una princesa de Disney de piel imposiblemente suave y ojos de cervatilla.

Y es que ahí estaba precisamente el problema. Había dejado que la emoción y los sentimientos personales me nublaran el juicio. Claro que todo eso tenía solución: no había que descartar uno de esos finales felices de cuento. En cuanto dejara de dolerme la cabeza podría reflexionar en ello y pensar en la manera de conseguirlo todo: quedarme con la chica, matar al malote, degollar al dragón y encontrar el tesoro. Sí, podría conseguirlo.

De todas formas, sería fácil: primero una pierna sobre la barandilla del viejo puente, pasar luego la otra por encima

y en un visto y no visto estaría cuatro pisos más abajo, con la cabeza abierta como un melón contra las escarpadas rocas. Así el telediario de las seis tendría algo con lo que abrir. A ver si a la gente le parecía tan guay.

# UNO

La primera vez que oí el nombre de Bridget Smalley fue un día como otro cualquiera. Nada hacía presagiar que las cosas estaban a punto de cambiar. Así es la vida, y por eso hay que ser capaz de considerar todas las variables antes de tomar una decisión. Lo que hoy es cierto puede no serlo mañana.

Cuando sonó el último timbre del día, yo ya había despegado el trasero de la silla y bajaba las escaleras de dos en dos hacia el primer piso. Un grupo de chicas abrieron parlotando de improviso la puerta de la escalera y tuve que hacerme a un lado para dejarlas pasar. Me envolvieron en una nube de chicle y de perfume corporal afrutado. Asqueroso.

Enseguida el pasillo se abarrotó de alumnos que salían de sus clases mientras yo intentaba colarme entre ellos sin ser visto. Una chica rubia muy maquillada soltó un chillido al verme y tendió el brazo como si quisiera rodearme el cuello con él. Me pareció vagamente familiar. De hecho, llegué

a pensar que quizás había quedado con ella un día, pero le aparté el brazo de un manotazo y seguí avanzando pegado a la pared para evitar a un rebaño de alumnos de primero que en ese momento salían en tropel del gimnasio.

Dos jugadores de baloncesto del equipo del instituto aterrorizaban en ese momento a un chaval que no dejaba de lloriquear, jugando a pasarse su mochila y bloqueando el pasillo. Obviamente, el chaval estaba condenado a no durar demasiado en el ecosistema escolar del instituto, pero yo no tenía intención de involucrarme en ningún erróneo acto de heroísmo para ayudarle.

En vez de intentar sortear a los jugadores de baloncesto, atajé por la sala de profesores para salir directamente al ala de matemáticas y de ciencias justo en el preciso instante en que David Cohen pasaba por allí, hablando con un chaval cuyo nombre yo ignoraba.

—Hola, David —dije, alcanzándole y caminando a su paso mientras le indicaba con un gesto al chaval que se esfumara—. ¿Qué tal? —pregunté.

—No va mal —respondió, lanzándome una mirada recelosa. El chaval bajo se apartó y al instante se perdió entre la horda de alumnos que salían a toda prisa del edificio.

Yo le sacaba una cabeza a David, que apenas debía de llegar al metro sesenta. A decir verdad, parecía aún más bajo porque iba siempre encogido de hombros bajo el peso de su atiborrada mochila. Tenía el pelo mucho más rizado que yo, aunque los dos compartíamos color: los ojos marrones y el pelo marrón.

Me volví despreocupadamente a mirar atrás para asegurarme de que nadie prestaba atención a nuestra conversación antes de decir:

—Oye, tengo otro encargo para ti.

—¿Otro? —preguntó con una mueca.



—Necesito dos trabajos de final de trimestre para la clase de Bartlett.

—Oh, vamos, Jesse. Si casi no tengo tiempo para ocuparme de los míos —se quejó David—. Me tienes haciendo prácticas de laboratorio para la mitad del equipo de fútbol. ¿Cómo quieres que asuma también dos trabajos de fin de trimestre?

—Ya sé que es mucho trabajo con muy poca antelación, David —dije. Mi voz se volvió automáticamente dulce y reconfortante en un intento por amortiguar su pataleta—, y por eso voy a pagarte cincuenta dólares por cada trabajo.

—No es cuestión de dinero —dijo él, negando con la cabeza—. Mi padre es el decano de la universidad, Jesse. Lo creas o no, gana más que tú.

—Ya, bueno, por ahora —dije, aunque David estaba tan ocupado refocilándose en su autocompasión que apenas me escuchaba.

—Me presionan mucho para que saque buenas notas —prosiguió, operando bajo la errónea premisa de que a mí me importaba algo la presión que tuviera que soportar—. Tengo el curso de Modelo de Naciones Unidas y estoy a cargo de la Federación de Estudiantes... Es mucha responsabilidad. —Se metió una mano en el bolsillo de los pantalones grises y se subió las gafas sobre el puente de la nariz con la otra—. Tengo tantas cosas que hacer que debería ser yo quien te pagara a ti para que me hicieras los deberes.

—Ya sé que todo el mundo tiene puestas en ti grandes expectativas —dije mientras seguíamos andando. Con David el truco estaba en gestionar sus rabietas y yo necesitaba que diera lo mejor de sí porque había apostado mucho dinero a sus aptitudes. Y tampoco es que yo estuviera desesperado por el dinero. El año pasado había ganado más dinero

que cualquier profesor del Instituto Wakefield, y libre de impuestos—. A lo mejor puedo ayudarte de otra manera —dije—. Si no es dinero, ¿qué es lo que necesitas?

Apenas vaciló, y eso me llevó a entender que la petición ya estaba en su cabeza antes incluso del inicio de nuestra conversación.

—Quiero salir con Heather Black.

—Eso está hecho —respondí al tiempo que mi cerebro calculaba ya los costes que iba a tener que compensar contra esa transacción—. Dame unos días.

—¿En serio? —preguntó, agudizando la voz hasta convertirla en un chirrido—. Pero... ¿no salías tú con ella? ¿No era tu novia?

—Sí, bueno... salíamos —dije, asintiendo—, pero yo no diría que era mi novia. Lo de las relaciones no va conmigo. Exigen demasiadas emociones.

—Estaba... estaba bromeando —dijo David—. No creía que pudieras... ¿Cómo vas a conseguir que Heather Black salga conmigo?

—Tú no te preocupes por eso. —Nos detuvimos delante de mi taquilla e hice girar las ruedecillas de la combinación de seguridad del candado—. Invítala a salir la semana que viene y ella te dirá que sí.

—Pero ¿ella...? ¿Tú crees que...? —Se le tiñeron de rosa las mejillas y volvió a subirse las gafas sobre el puente de la nariz—. ¿Tú crees que querrá montárselo conmigo? —preguntó, apoyando un hombro contra la taquilla que estaba junto a la mía, intentando parecer despreocupado y fracasando miserablemente en el intento.

—Tu padre está forrado, ¿te acuerdas? —dije—. Y eso significa que prácticamente ni siquiera tendrás que esforzarte por ser encantador. Pero Heather no es una furcia, David. No puedo garantizarte que logres lo que tienes en

mente, pero siempre que no lo fastidies del todo, probablemente te deje llegar a la segunda base.

—¿Sí? —preguntó. El entusiasmo que adiviné en su voz me bastó para confirmarme que el trato estaba cerrado—. ¿Cuál es la segunda base?

—Eso depende de la chica —respondí, encogiéndome de hombros—. Conociendo a Heather, será más lejos de lo que seguramente llegarías con cualquier otra. Bueno, pues serán dos trabajos de final de trimestre entregados una semana antes de la fecha oficial para que mis clientes puedan cambiar algunas cosillas y parezcan más obra suya.

—Venga, vale —dijo con un suspiro de desconfianza.

—¡Alderman! —Un grito reverberó en el pasillo. Los pasillos estaban ya casi vacíos porque prácticamente todo el mundo se había ido a casa, lo cual significaba que me estaba retrasando.

—Oh, mierda —dijo David entre dientes—. Es Burke. Tengo que pirarme, tío. —Y, sin más, desapareció.

Lancé una breve mirada por encima del hombro y me encontré con el señor Burke, el director del Instituto Wakefield —ávido jugador de golf, aficionado a la pesca con mosca y padre de tres hijos— y una gran decepción para su esposa, para la comunidad y para él mismo. Las arrugas de su ceño le surcaban la ancha frente, aunque no era un ceño de enojo, sino de preocupación y de decepción. La preocupación y la decepción definían la vida de Burke.

Tenía la cara alargada y delgada y se peinaba el pelo hacia atrás en un visible ahuecado que le despejaba la frente y que era el culpable de que pareciera que tenía la cabeza mucho más alargada de lo que en realidad la tenía. Nunca entendí por qué su mujer no le aconsejaba que llevara el pelo más corto para intentar crear la ilusión de que no tenía la cabeza tan alargada. Supongo que su esposa se preo-

cupaba tan poco por él como los alumnos del instituto Wakefield; es decir nada.

—Te estaba buscando —dijo Burke plantado detrás de mí, esperando a que diera indicios de haberme percatado de su presencia.

—¿Ah, sí? ¿En secretaría no saben dónde encontrarme en el horario escolar? Estoy seguro de que tienen mi horario de clases. —Cerré la taquilla y me volví para dedicarle toda mi atención.

—Yo... Me han dicho que eres una persona que podría ayudarme a solucionar un problema.

Arqueé una ceja inquisitivamente.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Varias personas lo han mencionado —respondió evasivamente—. Esto es un instituto. Aquí no hay secretos.

—En eso lleva usted razón —repliqué, colgándome el macuto al hombro—. ¿Y qué cree que puedo hacer por usted?

Vaciló durante un minuto, intentando decidirse, hasta que se frotó las manos como si quisiera calentarlas.

—Hay un miembro del alumnado en particular que me está dando problemas.

Di un respingo mental ante la posibilidad de que estuviera teniendo un rollo con una alumna. Algunas de las chicas estaban lo bastante piradas como para enrollarse con un miembro de la autoridad como Burke, incluso aunque tuviera la cabeza como una calabaza.

—¿Qué clase de problemas? Si quiere que le ayude, va a tener que ser más específico —dije, intentando no mirar mi reloj. Ya llegaba tarde y encima tenía que pensar en cómo iba a conseguir que David echara un polvo. La agenda se me estaba colapsando rápidamente.

—Travis Marsh —dijo.

—Creo que le conozco —dije, asintiendo y entrecerrando un ojo, como si intentara dar en mi memoria con el rostro de Travis—. ¿Rubio y con granos?

Por supuesto que sabía quién era Travis. Le vendía por lo menos un cuarto de onza de maría a la semana. No estaba muy claro por qué Travis se empeñaba en seguir yendo al instituto. Nunca estudiaba, prácticamente nunca iba a clase y lo más probable es que leyera como un niño de tercero de básica. Lo único que se me ocurría era que los profesores le aprobaban por temor a la amenaza de tener que aguantarle en su clase al año siguiente. Travis era un tío corpulento, de más de metro ochenta, y musculoso. A veces le gustaba meterse con los más débiles, pero a mí nunca me había dado problemas.

—Ese mismo, sí —dijo Burke, devolviéndome al presente.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

—Es una amenaza contra mi autoridad —respondió con la voz tensa a causa del esfuerzo—. Le trae sin cuidado meterse en problemas. Por muchas veces que le manden a mi despacho, se lo toma siempre a guasa. Los demás alumnos, el equipo de profesores, todos me consideran un inútil porque no puedo controlarle. El otro día me llenó el coche de grafitis.

—¿Cómo sabe que fue él?

—Porque firmó con su nombre —contestó, con el fracaso impregnándole la voz.

—¿Llamó a la poli?

—La policía dijo que no era prueba suficiente, que cualquiera podía haberlo hecho y haber firmado con el nombre de Travis. No había huellas ni tampoco era un crimen lo bastante serio, así que no van a investigarlo. Pero la mitad de los alumnos vieron cómo quedó el coche antes de que yo

podiera hacer desaparecer los grafitis. Travis Marsh es una amenaza para los cimientos del sistema disciplinario del instituto. Tenemos que ponerle freno. —Cuando concluyó su pequeño discurso, tenía la frente perlada de sudor y el labio inferior salpicado de gotitas de saliva.

Le di un minuto para que se recuperara antes de volver a hablar.

—¿Y qué cree que puedo hacer yo? —pregunté.

—Quiero que se largue —contestó Burke, aunque vi enseguida que le había costado un gran esfuerzo reconocerlo.

—¿Que se largue? ¿Quiere decir que se muera? —dije, sobre todo para divertirme, aunque sentía curiosidad por ver cuál era su respuesta.

Burke pareció sobresaltado. Tenía los ojos abiertos como platos.

—¡No! —exclamó—. No quería decir... Jesús, no serías capaz... Dime que no lo serías.

—Usted no podría pagarlo, aunque le estuviera ofreciendo esa clase de servicio —respondí con un despectivo gesto de la mano—. Y dígame, ¿qué es lo que había pensado?

Todavía parecía ligeramente dubitativo. Se había llevado un velludo nudillo a la barbilla como un contemplativo chimpancé.

—Solo tiene diecisiete años. Según la ley, todavía puede seguir bajo el amparo del sistema educativo durante tres años más. Si continúa aquí para entonces, las cosas se habrán salido de madre cuando llegemos a las vacaciones de Navidad. Necesito una excusa para expulsarle..., un motivo irrefutable —dijo Burke. Ese último comentario llegó magnificado por toda la implicación de lo que estaba pidiendo.

—Es un problema interesante —dije meditabundo.

—¿Eso quiere decir que lo harás? —preguntó, conteniendo el aliento mientras esperaba mi respuesta.

—Puede. ¿Sabe que eso tiene un precio?

—Lo supongo, claro —dijo, llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón.

—No me refiero a esa clase de precio —dije—. Guárdese su dinero. Cuando haya solucionado su problema, me deberá un favor. Deme una semana. Si necesito comunicarme con usted, lo haré a través de una socia mía. —Abrió la boca para protestar, pero le interrumpí—. No se preocupe. Es discreta. Y la necesitamos para que no haya ninguna posibilidad de que nadie nos relacione a usted y a mí.

—Vale, perfecto —dijo. A punto estuvo de sonreír, pero pareció acordarse entonces de que no sería lo más apropiado.

Le rocé al pasar por su lado de camino a la puerta. Definitivamente, llegaba tarde.